











La caza en la evolución humana



ANTONI CANALS-SALOMÓ
EUDALD CARBONELL
(Eds.)

La caza en la evolución humana

*Una aproximación desde la Prehistoria:
gestión, alimentación y procedimientos*



ALMUZARA

© DE LOS TEXTOS Y FOTOGRAFÍAS: SUS AUTORES, 2022
© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2022

Coordinadores y editores:
ANTONI CANALS-SALOMÓ & EUDALD CARBONELL

Primera edición: octubre de 2022

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Editorial Almuzara • Colección Historia
Director editorial: ANTONIO CUESTA
Edición de MARÍA VICTORIA GARCÍA ORTIZ
www.editorialalmuzara.com
pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

Editorial Almuzara
C/ Cervantes, 24
28014, Madrid

Imprime: Gráficas La Paz
ISBN: 978-84-11312-97-4
Depósito Legal: CO-1313-22
Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

Índice



<i>Prefacio Fundación Atapuerca</i>	15
<i>Prefacio Fundación Artemisan</i>	17
<i>Introducción</i>	25
HOMO: LAS ESPECIES CAZADORAS, UNA VISIÓN GLOBAL	31
Referencias	45
Nube de palabras.....	46
LA EVOLUCIÓN DE UN CEREBRO CAZADOR	47
Antropología y cognición de unos cazadores fósiles.....	47
Caza, evolución, cognición.....	50
Cuerpos y armas	57
Referencias	59
Nube de palabras.....	60
LA CAZA COMO ESTRATEGIA ECONÓMICA	61
Introducción.....	61
El origen del género <i>Homo</i> y la hipótesis del cazador	62
Las primeras barbacoas y la revolución del Pleistoceno medio.....	66
Cazas masivas al final del Paleolítico	70
Algunas reflexiones finales.....	72
Referencias	74
Nube de palabras.....	75
LA CAZA Y LA ESTRUCTURA SOCIAL	77
Introducción.....	77
Movilidad, población e igualitarismo	79
La caza	84
División sexual del trabajo	87
Caza mayor y prestigio.....	90
Cazadores-recolectores, residencia y pertenencia	92
Demografía.....	95
Resolución de conflictos	97
Referencias	100
Nube de palabras.....	101
LOS MÉTODOS Y TÉCNICAS DE CAZA EN EL PLEISTOCENO	103
Estrategias, tácticas y técnicas de caza en el Paleolítico.	106
Caza individual	107
Caza cooperativa.....	113

Caza comunal.....	115
Caza especializada y selectiva.....	119
Caza menor y otras técnicas forrajeras.....	120
El secreto de la depredación humana	122
Referencias	123
Nube de palabras.....	124
LA CAZA DE GRANDES HERBÍVOROS EN EL PLEISTOCENO.....	125
Referencias	136
Nube de palabras.....	137
LA CAZA DE ANIMALES DE TALLA MEDIA Y PEQUEÑA	139
Referencias	150
Nube de palabras.....	150
LA CAZA EN EL HOLOCENO.....	151
Referencias	164
Nube de palabras.....	165
EL CANIBALISMO EN NUESTRO GÉNERO.....	167
Referencias	183
Nube de palabras.....	184
LA CAZA Y LO CAZADO COMO UNIVERSO SIMBÓLICO.....	185
Arte paleolítico.....	186
Arte levantino	193
Sociedades productoras	200
A modo de conclusión.....	201
Referencias	202
Nube de palabras.....	203
LA CAZA EN CLAVE DE GÉNERO.....	205
Introducción.....	205
La teoría del hombre cazador.....	208
Deconstruyendo el androcentrismo	210
Las sociedades cazadoras-recolectoras.....	213
Reflexiones finales	219
Referencias	220
Nube de palabras.....	221
DISCURSOS Y SIGNIFICADOS EN LA CAZA ACTUAL.....	223
Referencias	245
Nube de palabras.....	246

LA CAZA Y EL CAZADOR EN EL SIGLO XXI.....	247
La actividad cinegética vista desde la sociedad no rural	247
La caza como productora de capital natural	254
La caza en la prevención incendios forestales	255
Especies protegidas.....	257
Espacios protegidos	258
Contribución económica de la caza	259
El valor social de la caza	263
La carne de caza	266
A modo de reflexión, ¿cómo es el cazador del siglo XXI?	267
Referencias	270
Nube de palabras.....	272



Prefacio Fundación Atapuerca

La Fundación Artemisan y la Fundación Atapuerca se han unido para la publicación de este libro. La Fundación Atapuerca trabaja para la socialización de la evolución humana. El diálogo entre fundaciones, entre diferentes visiones de la realidad, engrandece a los humanos en el marco de nuestro proceso evolutivo.

Uno de los aspectos más importantes de nuestra evolución ha sido cómo las diferentes especies de nuestro género han conseguido sobrevivir. La alimentación está en el sustrato de todas las relaciones que se producen en el mundo biótico. Por lo tanto, conocerla y entenderla, nos da las claves fundamentales de la evolución humana. Dificilmente, sin comprender la importancia de la ingesta de alimentos y de cómo se consiguen, se puede entender lo humano. La forma en la que los cazadores y cazadoras a lo largo del tiempo han conseguido sobrevivir es gracias, en parte, a la historia de la caza como elemento fundamental en la alimentación, pero también gracias a las técnicas y a los métodos de la caza que han propiciado las relaciones sociales.

Con una gran probabilidad, la actividad cinegética humana ha conformado la manera en la que nos hemos establecido en el territorio, cómo lo hemos gestionado y observado, hasta que esta actividad ha sido sustituida progresivamente por la ganadería, producto de la domesticación —una fuente segura de proteínas—.

Todos los aspectos relacionados con la cinegética pasan a un primer plano cuando los homínidos se expanden por todo el planeta y llegan a las zonas más recónditas del mismo, a las áreas más frías, a las más calientes, a las templadas, a las más áridas y a las más húmedas. No queda en la tierra ningún ecosistema en el que no haya cazado y vivido el ser humano.

La caza y la pesca, junto con la recolección de vegetales, forman la gran tríada que, a nivel diacrónico, ha servido para obtener proteínas, un objetivo que comparten todas las especies y culturas humanas. Estudiar la tríada de forma interdisciplinar puede darnos claves y elementos fundamentales para entender y contextualizar la trama de los procesos de formación y evolución de la humanidad.

Aún hoy, la caza forma parte de la estructura económica y social en distintas zonas y países. Los procesos de cambio social acelerado que se producen en nuestra especie ponen en cuestión determinadas prácticas de caza. Nosotros no queremos entrar en el debate ideológico, pero sí queremos mostrar la importancia de esta actividad, que se encuentra en la memoria de nuestro sistema evolutivo como especie.

Este libro espera aportar un poco de luz sobre este tema. Está escrito tanto para un público general como especializado. La vocación de la Fundación Atapuerca es la socialización de la evolución de nuestro género, el género *Homo*.

ANTONIO M. MÉNDEZ POZO
Presidente Fundación Atapuerca

Prefacio Fundación Artemisan

La Fundación Artemisan empezó hace cinco años su andadura en defensa del mundo rural, el medio natural y la caza. Desde el inicio nos comprometimos con el rigor y la investigación. No queremos imponer nuestras ideas, queremos que nuestros postulados sean consecuencia de la evidencia científica.

En este sentido, desde los principios de nuestra singladura, decidimos publicar un libro sobre las razones por las que el hombre ha cazado desde el inicio de los tiempos. Se nos planteaban infinidad de cuestiones. ¿Por qué somos cazadores? ¿Cómo ha influido la caza en nuestra evolución? ¿Cuál es el motivo por el que todas las civilizaciones han buscado el entretenimiento en la aventura venatoria? Una vez que ya no necesitamos cazar para subsistir, ¿se sigue justificando esta práctica? ¿Somos depredadores? ¿Llevamos inscrita en nuestros genes esta ancestral costumbre? ¿Por qué sentimos placer cazando? ¿Cómo ha evolucionado el cazador a través de los tiempos? ¿Existe la figura del cazador moderno? ¿Cómo podemos explicar la muerte a una sociedad que basa su mera existencia en la exaltación de la vida y de la juventud? ¿Cómo cazaban nuestros ancestros?

Lo más sencillo hubiese sido no plantearse estas cuestiones o incluso haberlas respondido nosotros mismos sin someternos al juicio de expertos independientes. Pero, esa no es la forma de pensar de la Fundación Artemisan, nunca hemos pretendido ser dogmáticos y hace tiempo que decidimos empezar cualquier discusión asumiendo que nuestro rival puede tener razón o, al menos, sus razones.

Por este motivo contactamos con la Fundación Atapuerca de la mano de Eudald Carbonell y Antoni Canals-Salomó. Nadie

podrá discutir que esta Fundación tiene el máximo prestigio y vocación científica para afrontar un reto como el que nos habíamos planteado; y asimismo la fortaleza intelectual para atreverse a reflexionar sobre la caza en pleno siglo XXI. Hemos mantenido muchas reuniones con ellos, en las que hemos conversado sobre la evolución humana. En ocasiones sentados en una mesa y en otras recorriendo las excavaciones cercanas a la localidad de Atapuerca. Debo reconocer que pocas experiencias son tan gratificantes como poder observar a un nutrido grupo de arqueólogos y antropólogos trabajando en estos yacimientos con el entusiasmo que solo muestran las personas que trabajan por vocación. El fervor con el que Antoni relataba el hallazgo de un cráneo de Neandertal, mientras una máquina removía tierras para proteger una futura excavación nos hacía vivir en primera persona el ardor de este equipo de expertos. En nuestros debates no siempre estábamos de acuerdo. En ocasiones criticaban a los furtivos que recorren las llanuras que rodean las simas burgalesas buscando corzos por la noche, y nosotros debíamos explicarles que el desprecio por este tipo de matarifes lo compartimos con ellos, los auténticos cazadores.

Por todo ello, nuestro agradecimiento por esa actitud que siempre encontramos en la Fundación Atapuerca, y en particular, a Eudald Carbonell y Antoni Canals-Salomó, por haber hecho posible dar luz a esta publicación.

El lector podrá juzgar por sí mismo si hemos conseguido responder a muchas de las preguntas que nos habíamos planteado. En definitiva, al abrir estas páginas podrá adentrarse en la evolución humana de la mano de una de las actividades más placenteras que puede realizar el hombre: la caza.

Los homínidos empezaron a cazar hace millones de años, primero como carroñeros, y con el paso de los siglos desarrollando estrategias y herramientas cada vez más sofisticadas que les permitiesen asegurar el éxito. Nadie discute que las proteínas que obtuvimos de nuestras presas ayudaron de forma esencial en el desarrollo de nuestro cerebro y, por tanto, fueron claves para la evolución de nuestra especie. En los primeros años teníamos que defendernos de otros grandes depredadores, pero cazar en manada como los lobos o las hienas nos daba una cierta ventaja frente otros carnívoros solitarios. Es más que probable que el mayor salto cualitativo se produjese con la invención de las armas arrojadas.

Luchar cuerpo a cuerpo con un oso pardo o un león no era una lucha muy equilibrada; como tampoco lo era tratar de capturar un bisonte con las manos. Un brazo roto o la pérdida de uno de los miembros del clan podía condenar a muerte a todo el grupo familiar. Por este motivo, ganar unos pocos metros de distancia nos dio una ventaja definitiva frente a nuestras presas y posibles rivales. ¿Quién duda que es más fácil y seguro tirar una flecha desde 30 pasos que asestar un garrotazo a pocos centímetros?

El fuego primero y las armas arrojadas después nos confirieron una ventaja competitiva, como decimos ahora, que nos elevó hasta la cúspide en la pirámide de la naturaleza. Muchos autores como R. Ardrey han explicado este recorrido y los comportamientos humanos en su obra *Evolución del hombre: la hipótesis del Cazador*. Me parece importante recordar que esta evolución del hombre, esta mejora en el armamento produjo una extinción masiva de especies. Quiero señalar esto, porque muchas personas siguen pensando en el hombre prehistórico como una especie integrada —el buen salvaje— en su medio y «respetuosa» con el medio ambiente, y nada está más lejos de la realidad. En su libro *No hay Apocalipsis*, Michael Shellenberger cita que los maoríes llegaron a Nueva Zelanda entre el 900 y el 950 a. C. y en poco más de 800 años —corto periodo de tiempo en la historia del planeta— habían quemado todos los bosques de la isla y extinguido al moa, ese avestruz gigante que vivía allí. También los hombres prehistóricos empujaban a manadas enteras de bisontes hacia acantilados para despeñarlos, sin preocuparse en exceso por el estado de su población.

Es muy interesante, aunque se salga de este contexto, recomendar el libro de Felipe Fernández-Armesto *Los conquistadores de horizontes*, en el que relata la historia global de las exploraciones. En esta magnífica obra podemos seguir la evolución de los viajes del hombre desde que nuestros primeros ancestros partieron del paraíso africano. El libro explica la enorme aventura de las exploraciones humanas que tanta relación tuvo con el intercambio de conocimientos, desarrollo de nuevas armas o tecnologías que serían esenciales para ir creando poco a poco un mundo globalizado. Me gusta imaginar a aquellos pobladores cruzando el océano Pacífico en rudimentarias balsas y portando el secreto de una nueva hacha de sílex o el diseño de un arco más contundente que cambiarían para siempre el equilibrio natural en su lugar de destino.

Pero volvamos ahora al dominio del fuego. La quema indiscriminada de bosques produjo pastizales naturales que permitieron a los hombres atraer a grandes herbívoros que resultaban más fáciles de cazar fuera de las espesas selvas. Desde este gran avance, concentrando animales salvajes en praderas o dehesas, no pasó demasiado tiempo hasta que conseguimos domesticarlos.

Una vez que los hombres tuvieron ganado doméstico la fuente de proteínas quedó garantizada, al menos, para una parte importante de la humanidad. Y me refiero a esta parte del mundo en la que vivimos nosotros, la cuenca del Mediterráneo y a muchas regiones de Eurasia, África o América. Ya habíamos dominado a la naturaleza, éramos sedentarios, sabíamos cultivar la tierra y teníamos ganado. La caza ya no era imprescindible para subsistir, sino un complemento en nuestra dieta. Entonces, ¿por qué seguimos haciéndolo? Un elevado número de bajorrelieves persas y asirios, papiros, pinturas egipcias y mosaicos romanos nos muestran escenas de caza. Los griegos y romanos tenían deidades cazadoras. Incluso los indios americanos o los guerreros africanos se enfrentaban a los grandes osos pardos o a los leones de la sabana sin ninguna necesidad de proteínas. Es evidente que ninguna de estas acciones se hacía por necesidad y sí por entretenimiento o diversión.

En español antiguo, deportarse significaba divertirse o descansar y esa palabra proviene del latín. El vocablo latino *deportare* se forma con dos palabras: el prefijo *de-* (que indica alejamiento) y *-portare* (llevar fuera o transportar). Es decir, en latín *deportare* quería decir llevar algo extramuros, alejarlo de la ciudad. Y de esta palabra proviene también el término «deportar», que significa desterrar a una persona a un lugar alejado de donde reside, o enviar a una persona a su país de origen. Para los antiguos romanos, como es lógico, el vocablo *deportare* también aludía al destierro de una persona, pero existía además otra acepción diferente de la palabra, que se refería, en latín vulgar, a divertirse. En el fondo *deportare* era salir de la ciudad a divertirse. Durante siglos este «deportarse», este salir de la ciudad al campo, este divertirse y descansar fuera de la ciudad ha estado asociado a todas esas actividades placenteras que se hacían fuera de la ciudad como nadar, montar a caballo o cazar. Porque, ¿qué otra actividad humana puede asociarse con divertirse, entretenerse o disfrutar en el campo, más que la caza?

No pretendo escribir un compendio de la historia de la humanidad, ni siquiera un tratado histórico de la acción venatoria. Pero no me podrán negar que resulta intrigante la pregunta que acabo de hacer. ¿Por qué hemos cazado durante tantos siglos sin auténtica necesidad? ¿Podemos prescindir de la caza? ¿Sería natural hacerlo? O, por otra parte, ¿lo llevamos en nuestros genes como parte de nuestra misma naturaleza? Yo siempre he defendido esta hipótesis, el hombre es cazador, por eso lo hacen casi todas las culturas, razas, tribus, clases sociales o personas de ideologías diferentes, y esto durante toda la historia; no solo para comer, sino también como diversión, como ocio, que diríamos ahora.

Han pasado los tiempos del cazador de subsistencia e incluso ha pasado la era de las grandes exploraciones. El mundo ha sido dominado y explorado en su totalidad, el avance de la tecnología nos permite desarrollar armas cada vez más precisas. La población aumenta y la fauna se ve sometida a una presión creciente, algunas especies desaparecen y otras ven reducidos sus números de forma alarmante. Estamos a finales del siglo XIX; el transporte por caballo y con bueyes está a punto de morir y la pólvora sin humo va a permitir un desarrollo balístico como nunca habíamos soñado. Y, precisamente en este momento, cuando estamos al borde de una extinción masiva de especies, muchas personas, dirigidas por cazadores, alzan su voz y deciden por primera vez imponer límites a la caza. Se crean santuarios, épocas de veda, leyes de caza, y así la historia del siglo XX será la historia de un nuevo tipo de cazador, el cazador conservacionista. En España se fundan los parques de Gredos y Covadonga, en Italia se recupera al íbice alpino y en Polonia se reintroduce el bisonte europeo. En EE. UU. se crean los grandes parques de Yellowstone y Denali, y se salvan *in extremis* a los bisontes americanos. En África se constituyen los primeros santuarios y se fijan estrictas leyes que aseguran una caza ética, caballerosa y sostenible. Quiero recordar que la creación de estas leyes, de estos santuarios o de estas asociaciones conservacionistas nació de la mano de cazadores.

En la antigüedad se cazaba por necesidad, posteriormente pasaron siglos en que la caza fue un complemento en la dieta y una diversión en la que se buscaba matar el mayor número posible de animales, como si movidos por hilos invisibles quisiéramos obtener el mayor número de presas, quizás recuerdo de nuestra escasez

pasada. Fue la época de grandes matanzas. En el siglo XX surge una nueva figura, la del cazador conservacionista, comprometido con la naturaleza, respetuoso con la biodiversidad y que, por primera vez en la historia, se impone límites. Limita el armamento, limita el número de capturas, limita el número de cartuchos o balas que puede contener un arma; en definitiva, se autoimpone restricciones para tener menos ventajas frente a sus presas. En el mundo moderno el hombre quiere ir más rápido, llegar más lejos, tener mejores medicamentos, estar más conectado, usar la tecnología para avanzar. Sin embargo, los cazadores hemos querido detener el tiempo, como si reconociésemos que emplear toda esa tecnología a nuestro alcance no es tan «divertido», deseamos una lucha justa. Estoy convencido de que cualquier cazador del Pleistoceno hubiese usado hasta la bomba atómica si estuviese disponible para haber aniquilado el mayor número posible de animales.

El cazador de hoy es diferente a aquellos primitivos antepasados. Esta es la paradoja de la caza en nuestro mundo actual: cazar para conservar; dicho de otro modo, sin el ejercicio de la caza se extinguirán sin remedio los animales salvajes. En la actualidad, los mamíferos salvajes ya solo representan el 4% del total de los mamíferos de nuestro planeta, sufriendo un descenso del 60% en poco más de 40 años. A este ritmo se extinguirán numerosas especies animales o quedarán confinadas en pequeños santuarios cercados. La necesidad de tierra para labrar y de pastos para el ganado es imparable, lo mismo que el furtivismo rampante en muchos países del mundo. La población local mata animales para su consumo o para vender sus cuernos, colmillos, huesos o pieles. Para detener esta sangría se necesitan dos cosas: la presión internacional frente a países consumidores de estos despojos (marfil o cuernos de rinoceronte) y una fuente de ingresos para los habitantes de la zona. La conservación, por más que nos empeñemos, es imposible de espaldas a la población local.

Hoy por hoy, en miles de hectáreas, la única fuente de ingresos adicional para los nativos africanos o asiáticos la constituye la caza deportiva. Hay muchos ejemplos de países donde la caza lleva prohibida por ley más de 40 años y donde el número de animales no para de descender, como es el caso de Kenia o la India. De acuerdo con estudio de Charles E. Kay, en Kenia se perdió entre el 60 y 70% de la fauna silvestre desde la prohibición de la

caza en 1977 hasta principios del siglo XXI, incluyendo los parques nacionales. El caso de los elefantes es aún más dramático, su caza se vedó en 1973 —antes que el resto de la caza mayor—, cuando había, según Wikipedia, unos 275 mil ejemplares. Hoy, según Maeve Campbell (@euronews.green) quedan poco más de 36 mil. En el lado opuesto, existen otras naciones donde se caza de forma intensa —Namibia (la fauna se ha multiplicado por diez), la RSA, Botsuana o Pakistán— y donde el número de animales no para de crecer, beneficiando con ello a otras especies protegidas. Por ejemplo, el número de paquidermos en Botsuana se ha multiplicado por veinte, alcanzando más de 200 mil ejemplares. Cada año se cazan legalmente unos 400 ejemplares, lo que contrasta con los más de 15mil que abaten cada año los cazadores furtivos en toda África. Y en la República Sudafricana, según un estudio de Jane Carruthers, los animales salvajes han aumentado desde 575 mil ejemplares en 1964 a algo más de 18,5 millones en 2007.

No sabemos exactamente dónde nos llevará el futuro, hay una corriente anticaza en países desarrollados que pretende prohibirla, haciendo de paso colonialismo moral contra los países africanos o asiáticos que mejor gestionan sus recursos naturales. Nuestro gran reto es saber transmitir nuestro mensaje a la sociedad urbana actual, tan alejada del campo. No sé si lo conseguiremos, lo que sí sé es que si algún día los hombres dejamos de salir al campo en busca de animales salvajes para cazar, algo muy importante de nuestra propia esencia como humanos se habrá perdido.

D. JOSÉ LUIS LÓPEZ-SCHÜMMER TREVIÑO
Presidente Fundación Artemisan

